

Lo Sol, che dietro fiammeggiava roggio,
Rotto m' era dinanzi alla figura;
Chè aveva in me de' suoi raggi l' appoggio.

Io mi volsi da lato, con paura.
D' esser abbandonato, quand' io vidi
Solo dinanzi a me la terra oscura.

E 'l mio Conforto: Perchè pur diffidi?
A dir mi cominciò tutto rivolto:
Non credi tu me teco, e ch' io ti guidi?

Vespero è già colà dove sepólto
E 'l corpo, dentro al quale io facea ombra:
Napoli l' ha, e da Brandizio è tolto.

Omai, se innanzi a me nulla s' adombra,
Non ti maravigliar più che de' cieli,
Che l' uno all' altro raggio non ingombra.

A soffrir tormenti, e caldi e gieli,
Simili corpi la Virtù dispone,
Che, come fa, non vuol ch' a noi si sveli.

Matto è chi spera che nostra ragione
Possa trascorrer la 'nfinita via
Che tiene una Sostanza in tre Persone.

State contenti, umana gente, al quia;
Chè se potuto aveste veder tutto,
Mestier non era parlorir Maria:

E disiar vedeste senza frutto
Tai, che sarebbe lor disio quietato,
Ch' eternamente è dato lor per lutto;

I' dico d' Aristotele, e di Plato,
E di molti altri; e qui chinò la fronte,
E più non disse, e rimase turbato.

Nei divenimmo intanto appiè del monte;
Quivi trovammo la roccia sì erta,
Che 'ndarno vi sarien le gambe pronte.

Tra Lerici e Turbia, la più diserta,
La più rotta ruina è una scala,
Verso di quella, agevole ed aperta.

Or chi sa da qual man la costà cala,
Disse 'l Maestro mio, fermando 'l passo,
Sì che possa salir chi va senz' ala?

E mentre ch' el tenea 'l viso basso,
Esaminando del cammin la mente,
Ed io mirava suso intorno al sasso,

Da man sinistra m' apparì una gente
D' anime, che movieno i piè vèr noi,
E non pareva, sì venivan lente.

Leva, diss' io al Maestro, gli occhi tuoi;
Ecco di quà chi ne darà consiglio,
Se tu da te medesimo aver nol puoi.

Guardommi allora, e con libero piglio
Rispose: Andiamo in là, ch' ei vengon piano;
E tu ferma la speme, dolce figlio.

Ancora era quel popol di lontano,
I' dico dopo i nostri mille passi,
Quant' un buon gittator trarria con mano,

Quando si strinser tutti ai duri massi
Dell' alta ripa, e stetter fermi e stretti,
Com' a guardar, chi va dubbiando, stassi.

O ben finiti, o già spiriti eletti,
Virgilio incominciò, per quella pace
Ch' io credo che per voi tutti s' aspetti,

Ditene dove la montagna giace
Sì, che possibil sia l' andare in suso;
Chè 'l perder tempo, a chi più sa, più spiace.

Come le pecorelle escon del chiuso
Ad una, a due, a tre, e l'altre stanno

quita á toda accion su nobleza, mi mente, hasta entonces preocupada, se fijó en el punto á que aspiraba, y dirigió la vista hácia aquel monte que se eleva hasta el mas alto cielo.

El sol, que tras de mí brillaba rojo, quedaba interceptado delante de mí, por ser mi cuerpo un obstáculo para sus rayos. Volví la cabeza temiendo ser abandonado, y ví que solo delante de mí estaba oscura la tierra.

Mi sostén entonces me dijo: «¿Por qué esa desconfianza, y porque volverte de este modo? ¿Crees que ya no estoy á tu lado? ¿Crees que he dejado de ser ya tu guia?»

«Ya Vesper se encuentra allí donde está sepultado el cuerpo en que formé una sombra. Nápoles lo posee por háberselo quitado á Brindis. (1) Si ninguna sombra se proyecta ahora delante de mí no te admire mas que el espectáculo de los cielos, porque no hay rayo que proyecte sombra sobre otro rayo.

«La virtud divina hace que nuestros cuerpos, parecidos á los vuestros, sufran tambien los tormentos, y el calor y el frio; pero no ha querido descubrirnos como y porque lo ha hecho.

«Insensato es el que espera que nuestra razon podrá penetrar el misterio infinito que tiene una sola sustancia en tres personas. Raza humana, conténtate con el guia. (1) Si hubieses podido verlo todo, no hubiera sido necesario el parto de María.

«Muchos han querido en vano ver satisfecho el deseo que les ha sido impuesto eternamente como suplicio; hablo de Aristóteles, Platon y muchos otros.»

Llegamos por fin al pié del monte, donde hallamos tan escarpadas rocas, que inútiles nos habrian sido las piernas mas ágiles. El camino que hay mas áspero y desierto entre Lerici y Turbia (3), es con respecto á aquel, una escalera atcha y fácil.

«¿Quién sabe ahora por donde descende el sendero, dijo mi maestro parándose, á fin de que pueda subir el que carece de alas?»

Y mientras él tenia la vista inclinada y estaba pensando en el camino, fijé yo la vista en lo alto de las rocas, y ví á mano izquierda una multitud de almas que se dirigian hácia nosotros, sin moverse al parecer, tan lenta era su marcha.

«Levanta los ojos, dije á mi maestro, y verás hácia este lado á algunos que nos aconsejarán, si es que no puedas aconsejarte contigo mismo.»

Miróme entonces, y en tono mas tranquilo me dijo: «Vámonos hácia ellas, ya que vienen tan lentamente; y, ámate, hijo querido, mejor esperanza.»

Después de haber dado unos mil pasos, mediaria aun entre nosotros una distancia igual á la que haria recorrer un buen hondero á la piedra que arrojára, cuando se reunieron todas ellas contra las duras rocas de la escarpada orilla; permaneciendo inmóviles y apretadas entre sí, como el que dudando del camino que debe seguir, mira y se detiene.

«Vosotros que tuvisteis un buen fin, espíritus escogidos, exclamó Virgilio, decidnos por esa dulce paz que creo tan-

(1) Brindis, donde murió Virgilio.

Mantua me genuit, Calabri rapuere, tenet nunc Parthenope. (Virgil.)

(2) Con el porque. Como Dante en su texto Italiano, conservamos en nuestro idioma todas aquellas fórmulas latinas de escuela.

(3) Dos villas que hay en el Estado de Genova.